

LA ESCUELA DE *EL DEBATE* Y EL INICIO DE LA ENSEÑANZA DEL PERIODISMO EN ESPAÑA

Juan Cantavella, Universidad San Pablo-CEU, Madrid.

No se caracterizaba Ángel Herrera por su cortedad de miras, precisamente, pues jamás se conformó con atender a lo más inmediato. En sus años de director de *El Debate* (1911-1933) dedicaba muchas horas a preparar el diario del día siguiente, pero otras tantas a imaginar cómo debía ser la prensa que los católicos españoles necesitaban. En esa capacidad suya para trabajar con los ojos puestos en el horizonte hay que situar la iniciativa pionera de echar a andar una escuela para periodistas. Algún visionario lo había propuesto antes, pero la inercia y la burla de quienes por entonces trabajaban en los periódicos impidieron que cristalizara esta idea. Herrera Oria no era fácil que se desanimara por la desgana de los demás cuando tenía claro que era indispensable po-

ner en marcha alguno de sus proyectos. Así nació una Escuela de Periodismo a la sombra de *El Debate*, de cuya creación se han cumplido ya setenta y cinco años.

Son conocidos varios intentos, que se airearon desde finales del siglo XIX, para que los futuros periodistas recibieran una formación acorde con la importancia y responsabilidad que supone este ejercicio profesional, pero todos ellos resultaron baldíos. En las páginas de los periódicos aparecían desplantes y cuchufletas (que, por cierto, se han prodigado hasta fechas bien recientes) sobre la inutilidad de la enseñanza reglada del periodismo: a su juicio era más que suficiente el aprendizaje que se recibía en las

RESUMEN

La Escuela de Periodismo de *El Debate* puso la semilla y fue adelantada en una materia como es la enseñanza reglada que capacita para trabajar en la prensa. De los pasos que se dieron entonces se beneficiaron miles de profesionales, los que luego reconocieron que ese camino era el que debía emprenderse también en nuestro país. En sus fuentes bebió la Escuela Oficial del Periodismo creada por el franquismo, pues algunos de sus profesores se habían formado en aquel centro.

PALABRAS CLAVE

Ángel Herrera Oria - Escuela Oficial de Periodismo - *El Debate* - Prensa católica - Franquismo - Universidad San Pablo-CEU.

SUMMARY

The Journalism's School of *El Debate* put the seed and was advanced in a matter as it is the ruled education that it qualifies to be employed at the press. From the steps that happened then there benefited thousands of professionals, which then admitted that this way was the one that had to be tackled also in our country. In his sources it drank the «Escuela Oficial de Periodismo» created by the Franco's Regime, since some of his teachers had been formed in that center.

KEY WORDS

Ángel Herrera Oria - Escuela Oficial de Periodismo - *El Debate* - Catholic press - Franco's Regime - University San Pablo-CEU.

inhóspitas redacciones, al lado de los compañeros veteranos. Cualquier propuesta de ofrecer enseñanza sobre materias generales o las específicas de este trabajo era considerado como una excentricidad, como si se quisieran poner puertas al campo, porque a los detractores de tales enseñanzas se les llenaba la boca afirmando que el periodista nace y no se hace. Según éstos, lo único importante eran las cualidades innatas: el afán de hacerles acudir a las clases eran monsergas sin valor alguno.

Cada vez que el tema saltaba a los periódicos y tribunas, cuando públicamente se sugería la conveniencia de que los aspirantes a trabajar en la prensa dispusieran de un centro en el que se les enseñaran los rudimentos de la profesión, no faltaban compañeros que se burlaran abiertamente de semejante posibilidad. Hubo propuestas o discretos intentos de llevar el periodismo a las aulas (Fernando Araujo en Salamanca; la Asociación de la Prensa de Madrid; el catedrático Mendizábal en Zaragoza; poca cosa, es verdad), pero se estrellaron contra la ignorancia, la desconfianza, la escasa autoestima que los profesionales habían desarrollado (1).

Un hombre ilustre de la prensa, Mariano de Cavia, dedica por entonces una de sus columnas a comentar el patrocinio que Joseph Pulitzer ejerce sobre una escuela de periodismo que se ha instaurado en la Universidad de Columbia y confiesa, lisa y llanamente, que tal iniciativa le hace reír. Afirma, como «periodista impenitente, aunque lego y sin estudios», que si le dieran a él el millón de dólares que ha entregado el propietario del *New York World* lo dedicaría «a fundar un periodiquín con cuatro edicioncillas diarias en Madrid, en Barcelona, en Buenos Aires y en Méjico». Éste sería, a su juicio, el mejor aprendizaje, porque «mejor Escuela de Periodismo que ésa... ni en el planeta Júpiter, donde tal vez se hiciera justicia a mis ensueños».

Tales opiniones, o mejor, el clima displicente que se respiraba en las redacciones, no arredró a don Ángel. Llevaba más de diez años trabajando con denuedo para que el modesto y desprestigiado diario *El Debate*, que un grupo de católicos señeros habían puesto en sus manos, se convirtiera en el gran periódico que la Iglesia española estaba necesitando. Mucho es lo que había logrado en este tiempo, pero nuevas metas se imponían a su carácter perfeccio-

nista y exigente. Creía, con excelente criterio, que un buen diario no es fácil que surja de la pluma de un colectivo falto de preparación y de motivaciones; no ignoraba que en otros países se había organizado una carrera a propósito, en algunos casos con nivel universitario; aquí se continuaba funcionando con la inercia y suficiencia de siempre...

Estas ideas las encontramos expuestas en un número especial de *El Debate* (de 1936): «El fin de la Escuela de Periodismo es “formar mejores periodistas, que hagan mejores periódicos, que sirvan mejor a la Iglesia y a su patria”. Lo principal de los periódicos son los periodistas. El armazón económico de una empresa y las secciones administrativas son importantísimas, indispensables, fundamentales; constituyen el cuerpo de los periódicos. Pero la Redacción es el alma. [...] Una buena Redacción es lo que atrae al público al periódico, le adhiere después a él y, por último, le forma a su imagen y semejanza. Lo esencial para hacer grandes periódicos es tener excelentes periodistas. Incurren en error, que hasta la experiencia periodística española ha comprobado una vez más, quienes creen que para hacer grandes diarios basta con movilizar ingentes sumas de papel o poseer máquinas perfectísimas». De ahí se derivan hojas impresas, en ocasiones con una profusa difusión, pero no están dotadas de prestigio, «no son diarios conductores de masas ni formadores de estados de opinión», que es lo que estaba buscando don Ángel.

APRENDER DE LOS NORTEAMERICANOS.

Era necesario tomar buena nota de lo que se estaba haciendo en el exterior, por si era posible transplantar algunas de las realidades más provechosas. No dudó en enviar a Estados Unidos a tres de sus más cercanos colaboradores para que observaran de cerca la marcha de los diarios de prestigio y trataran de aportar ideas para la gran empresa que llevaban entre manos con tesón y altas miras (el sacerdote Manuel Graña estudiaría las escuelas universitarias de periodismo; los laicos Francisco de Luis y Marcelino Oreja Elósegui, las redacciones y la administración de las empresas periodísticas, respectivamente).

A la vuelta, comenzaron a poner en práctica lo que habían aprendido. Se habían convencido —y no les costó nada convencer al futuro cardenal, porque estaba al cabo de la calle de las experien-

cias iniciadas en otros muchos países— de que las cualidades naturales son de suma utilidad para el que aspira a convertirse en periodista, pero que tal disposición no es suficiente para quien desea trabajar en la prensa, en un medio y con una función relevantes (como si los médicos no necesitaran más que el «ojo clínico» y les sobrara el paso por la Facultad). La Escuela de Periodismo de *El Debate* se puso en marcha y en el mes de octubre de 1926 dio sus primeros pasos. Ya no dejaría de andar hasta que, en el año 1936, aquel edificio laboriosa y amorosamente levantado viera truncada su continuidad.

Naturalmente, no se trataba de una iniciativa con fines mercantiles o de prestigio, sino claramente confesional. En el periódico que le dio vida se escribió que «*El Debate*, al fundar su Escuela de Periodismo, ha querido constituir la cantera que produzca los mejores periodistas, porque si éstos son católicos, los periódicos católicos serán los mejor hechos y, por lo tanto, los que reúnan mayor prestigio. Los alumnos de la Escuela de Periodismo se forman para servir altísimos ideales comunes a toda la humanidad y al bien público de su propio país. Por eso se dice que servirán a la Iglesia católica y a la patria; aquélla es lo universal y ésta el bien del pueblo en que han nacido los periodistas españoles». No se engañaba a nadie sobre las intenciones depositadas en aquel proyecto y los resultados estuvieron a la altura de lo que se esperaba de tantos esfuerzos como se llevaron a cabo.

La Escuela inició sus actividades con un Cursillo de Redacción, a cargo de Manuel Graña, que tuvo lugar en la biblioteca del periódico durante los meses que van de marzo a junio de 1926. El primer curso de periodismo se desarrolló a partir de octubre de ese año y fue dirigido por el propio director de *El Debate*, Herrera Oria. En 1931 se programó un curso intensivo para universitarios y profesionales, mientras que la carrera normal se estableció en cinco años en 1932 (para entonces La Editorial Católica se había instalado en el nuevo edificio de la calle Alfonso XI). A don Ángel le sucedió en 1933 Fernando Martín Sánchez-Juliá, destacado propagandista, ingeniero agrónomo de profesión, que había ingresado en el periódico como redactor especializado en los temas agrarios, pero que pronto mostró su valía en las tareas relevantes que aquél le encomendaba.

Según los estatutos, el director tenía autonomía para tomar las decisiones de su competencia, pero estaba asesorado por una comisión permanente (sus miembros tenían que ser menos de seis, elegidos por el propio director al comienzo de cada año académico). El voto mayoritario de aquella junta era indispensable para cualquier modificación que se propusiera sobre el texto de los estatutos o para cambiar el plan de estudios. También tenía relevancia la Junta de Profesores, que ejercía su competencia en la selección de los alumnos y en la propuesta a las empresas para la colocación de los graduados del centro. No es que se dedicaran a buscar trabajo para sus alumnos, pero era frecuente que las empresas periodísticas, enteradas de la calidad de sus enseñanzas y de la categoría humana y profesional de quienes allí concluían sus estudios, se dirigieran a su director en demanda de redactores. Y desde la Escuela se trataba de ayudar a unos y a otros.

En las modestas aulas de la calle Colegiata se va desarrollando una gran labor, que puede ser medida por la cantidad de jóvenes que solicitaban el ingreso (muchísimos más de los que al final lo lograban, porque en 1932 lo pidieron casi cuatrocientos y entró un centenar) y por los cargos de responsabilidad que muchos de los titulados ocupaban de inmediato en las redacciones (en 1936 se dijo que habían dado al periodismo español siete directores de diarios y unos sesenta redactores). Ya hemos dicho que la selección era muy rigurosa, pero además el entrar en la Escuela no suponía que se les dejaría continuar hasta el final. A medida que avanzaba el curso se iban descolgando algunos de los participantes, unos por voluntad propia, otros por invitación de la dirección o de los profesores, seguramente porque, aun viéndoles preparados, les parecía que no estaban dotados de las cualidades periodísticas que se consideraban necesarias. García Escudero recuerda que se obligó a dejar los estudios a dos sobrinos de don Ángel, chico y chica: «¡Los dos eran muy listos, pero...!».

Según el *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, de López de Zuazo, esta Escuela tuvo diez promociones de estudios intensivos (159 alumnos) y cuatro promociones de estudios normales, previstos para cinco años (86 alumnos), truncadas en 1936. Allí estudiaron, entre otros, Lucio del Álamo, Pablo Beltrán de Heredia, Julián Cortés Cavanillas, José María García Escudero, Pedro Gómez Aparicio, Is-

mael Herraiz, Manuel Jiménez Quílez, Bonifacio de Luis, Isidoro Martín Martínez, Luis Mira Izquierdo, Aquilino Morcillo, Bartolomé Mostaza, Luis Ortiz Muñoz, Gonzalo Pérez de Armiñán, Luis Ponce de León, Dionisio Ridruejo, Pedro Rocamora y Valls, José María Sánchez de Muniain, José María Sánchez Silva, Juan Servert y López Altamirano, Carlos Sirvent, Manuel Vigil Vázquez, Ricardo Zamora (el gran portero de la selección española) y Juan Eduardo Zúñiga. Varias mujeres pasaron también por aquellas aulas (Cristina de Arteaga, Natividad Jiménez Salas...), algo bastante inusitado, teniendo en cuenta que por aquellos años apenas había ninguna redactora en la plantilla de los periódicos importantes.

La pena es que, a estas alturas, ha desaparecido la inmensa mayoría de aquellos esforzados estudiantes. El último año ha sido nefasto en este sentido, pues nos dejaron Manuel Jiménez Quílez, José María Sánchez-Silva y José María García Escudero. Aún así, en un acto celebratorio del setenta y cinco aniversario de la fundación de aquella Escuela (que tuvo lugar en la sede de la Asociación de la Prensa de Madrid el pasado mes de mayo), se pudo contar con la participación de dos antiguos alumnos, Juan Herrera (marqués de Viescas de la Sierra y sobrino del cardenal) y Antonio Gómez de la Vega. Alguno más ha sobrevivido, pero sobrarían dedos de una mano para contarlos.

Pero volvamos a nuestra historia. El primer cursillo, que tuvo como profesor único al P. Graña, se centró exclusivamente en la redacción. El curso iniciado en 1926 tenía como asignaturas la Redacción, Reportarismo, Criteriología periodística y Tipografía, con un complemento de conferencias semanales sobre temas de actualidad. El plan de estudios se hizo mucho más extenso y profundo cuando se programó la carrera de cinco cursos destinada a los jóvenes de catorce a diecisiete años: además de la formación general y la específicamente periodística, orientó a los alumnos hacia los saberes filosóficos y religiosos. De aquella única cátedra inicial se pasó a las treinta y cinco que se impartieron en el último año en que la Escuela estuvo trabajando de firme con los alumnos. La enseñanza conjugaba los aspectos teóricos con los prácticos. De esta manera los alumnos de los cursos normales —los que ingresaron a partir de 1932— dedicaban las tardes para las clases, pero las mañanas se ocupaban con trabajos en la propia

redacción de *El Debate* y en sus talleres. Los de los cursos intensivos (que, al menos, habían iniciado sus carreras en la Universidad o tenían conocimientos equivalentes) frecuentaban la redacción desde el primer día.

DISCIPLINA SEVERA.

Resulta curiosa, para los complacientes y cómodos comportamientos actuales, la exigencia de disciplina severa que se presenta como indispensable para el alumnado, pues se les advertía que pocas profesiones (a excepción de la militar) requieren una puntualidad y una diligencia en el cumplimiento de sus tareas como la periodística. «Todo tiene que estar hecho a hora fija y determinada y no puede faltar nada de lo encargado por la dirección, porque la carencia de noticias en un periódico se nota en seguida por el público y le desacredita a corto plazo», aseguran sus promotores.

«Todo en aquella Escuela [...] era sencillo, íntimo, cordial y fascinante», ha dejado escrito en un artículo encomiástico Pedro Gómez Aparicio. Asegura que también eran llanas, cariñosas y animadoras las palabras con que don Ángel Herrera inauguró el cursillo inicial en marzo de 1926, ya que «descubrió un mundo de inquietudes y emociones nuevas a aquel grupo de ilusionados jóvenes». Pero lo era todo lo que envolvía a tales afortunados, hasta el mobiliario: «Una larga mesa con carpetas de papel secante; unas cuantas sillas, las indispensables para no permanecer de pie; unas estanterías abarrotadas de libros, y un paciente encerado que recibía, sin protesta ostensible, nuestros primeros ejercicios de redacción literaria y periodística».

La Escuela dispuso incluso de un manual de redacción, el primero que con carácter académico se ha escrito y utilizado por estudiantes en España. Nos referimos, claro está, al libro del sacerdote gallego Manuel Graña, *La Escuela de Periodismo. Programas y métodos* (Madrid, CIAP, 1930). Constituye también un alegato a favor del camino emprendido y un deseo de subrayar que fueron los primeros en transitarlo. Había que insistir en ello, pues «no hay más remedio que admitir que existe la profesión de periodista, y que esa profesión, como todas, exige una vocación y aptitudes particulares, que se ensayan y perfeccionan en un aprendizaje más o menos lento y más o menos metódico». Sólo hay que tener en cuenta que en

el prólogo a este mismo libro el periodista José Francos Rodríguez (ex ministro y presidente de la Asociación de la Prensa durante muchos años) desafia los principios que allí se mantienen y afirma que tal Escuela «no tiene aún el ambiente propicio para establecerse», que «el periodismo, en España por lo menos, no se aprende» y que «crear escuelas de periodistas para dar títulos y ejercer una carrera [...] sería improcedente».

Fueron tan sólo diez años de funcionamiento, en los que hubo que hacer frente a dificultades que sobrevenían desde todos los ámbitos, especialmente desde la propia profesión y de la política partidista, nada proclive a dejar que avanzara libremente un periódico de las trazas de aquél, pero bastó este tiempo para que se consolidara una iniciativa rigurosa para formar periodistas. Es difícil convencer a los que no están dispuestos a dejarse convencer, pero la realidad es tan terca que al final se diluían los argumentos o exabruptos de quienes no tenían más remedio que admitir que el pasar por este centro docente dotaba a esos privilegiados de conocimientos y de una madurez que no se improvisan en las redacciones.

La Escuela de Periodismo de *El Debate* puso la semilla y fue adelantada en una materia como es la enseñanza reglada que capacita para trabajar en la prensa. De los pasos que se dieron entonces se beneficiaron miles de profesionales, los que luego reconocieron que ese camino era el que debía emprenderse también en nuestro país. En sus fuentes bebió la Escuela Oficial del Periodismo creada por el franquismo (aunque con unas miras más políticas que profesionales), pues algunos de sus profesores se habían formado en aquel centro. De sus entrañas surgió la Escuela de Periodismo de la Iglesia, otra empresa confesional que tuvo como promotor e instigador al propio Ángel Herrera, ya



Ángel Herrera Oria.

obispo de Málaga. Más tarde, cuando se produjo la conversión de la Escuela en Facultad, el Centro Universitario San Pablo (de donde ha brotado la Universidad San Pablo-CEU) asumió el compromiso de formar periodistas y a ello ha dedicado innumerables trabajos, energías e ilusiones. Por sus aulas han pasado miles de alumnos, a quienes ya no hay que convencer de que el periodismo también se aprende y que están dispuestos a proyectar sobre los acontecimientos, como se les ha enseñado, una visión cristiana, sólida, competente y profundamente solidaria.

NOTAS

(1) Es posible ampliar datos sobre tales iniciativas y el desarrollo de esta Escuela en la obra *El periodismo enseñado. De la Escuela de «El Debate» a Ciencias de la Información*, de M. VIGIL y VÁZQUEZ (Barcelona, Mitre, 1987) y en varios libros de J.M. GARCÍA ESCUDERO, entre ellos *Conversaciones sobre Ángel Herrera* (Madrid, BAC, 1986) y *De periodista a cardenal. Vida de Ángel Herrera* (Madrid, BAC, 1998). En la *Gaceta de la Prensa Española* (n.º 43) se incluye el artículo «La primera Escuela de Periodismo en España la creó *El Debate*», de DOMÉNECH IBARRA, y en el número

de agosto de 1963, P. GÓMEZ APARICIO publicó un reportaje conmemorativo, «Hace treinta y siete años se fundó la Escuela de *El Debate*». En el número extraordinario de *El Debate* para la Exposición Internacional de Prensa Católica (5 de julio de 1936) apareció la información titulada «La Escuela de Periodismo, institución única en España» (p. 38). Don Ángel Herrera Oria dictó una conferencia sobre «Escuelas de Periodismo» que es posible encontrar en la edición de sus *Obras selectas* (Madrid, BAC, 1963).